

Así es como, siendo adulta, había acudido a cobijarme en dos espacios cuyas raíces provenían claramente de la infancia. En ambos seguía estando presente aquel diseño que me permitía estar fuera o dentro de él y donde las palabras y las imágenes, seguían siendo de capital importancia.

En principio se me antojaron mundos paralelos, aunque pronto pude observar que estas líneas virtuales se cruzaban frecuentemente, e incluso iban de la mano como una auténtica pareja de hecho con muchos años a sus espaldas, sin que por el momento se advirtiera entre ellas un resquicio de posible abandono. Este descubrimiento me llevó a ampliar la forma de trabajo, ya que relacionando un mundo con otro, me encontraba ante un amplio horizonte en el que todavía los fotogramas de las películas seguían siendo cuadrados y las páginas de los libros también continuaban teniendo cuatro lados. Alcanzado ese punto, me permití olvidar la rigidez de algunas normas establecidas, lo que me facilitó permanecer fuera de cuadro con cierta frecuencia, una rareza que bien podría recordar la historia de aquel personaje desenfocado de una película de Woody Allen, aunque en mi caso las circunstancias me fueran favorables.

Viendo que ante esta peripecia nada en mi entorno se iba al traste, pude comprender que una misma historia se puede contar de diferentes maneras, incluso podía darse la circunstancia de que de una de ellas naciera otra, como ocurre en la vida misma. Me pregunté entonces qué cosa era eso que llamamos realidad y si ciertamente solo era una, pues todas estas elucubraciones venían a coincidir con mis numerosos sueños en blanco y negro, como las primeras películas que pude ver en el seno familiar y que de una u otra forma, se mostraban estrechamente ligados con los acontecimientos de la vida diurna. Como quien ha descubierto un inmenso tesoro, me sentí propietaria de varias vidas aunque en su conjunto estuvieran concebidas como una sola, pero su composición interior estaba repleta de planos, secuencias, capítulos, etc...

Todo empezó a girar en mi mente en una especie de extraña amalgama y vi, con sorpresa, cómo el planteamiento escolar que me habían enseñado respecto a la narrativa literaria, de puro rígido, había saltado por los aires hecho añicos. Los tiempos no eran los mismos en la narración cinematográfica donde se puede asis-

tir a sucesos simultáneos, o recuperar a un personaje fallecido para volver, más tarde, a un tiempo cercano. Es decir, que el orden empezaba cuando uno era capaz de desordenar las piezas para volver a encajarlas.

Observé que los sueños, ese mundo que se confecciona al margen de nuestra intervención, tenía puntos comunes con las historias de la pantalla. En ambos casos se contaban historias en la oscuridad y los hechos que en ocasiones se presentaban como un puro dislate, terminaban por tener tanto sentido como nuestras actuaciones diurnas, incluso podría decirse que se cruzaban con ellas tal como, en un determinado momento, empezó a ocurrir con la narración literaria y la cinematográfica. El cine, un arte joven y a la vez centenario, nació sin voz, o mejor dicho sin saber pronunciar palabra alguna como si de un bebé se tratara, por lo que fue tomándola de aquella amante literaria de la que nunca se ha separado. De esta forma, en su galanteo con tan atractiva dama, le ofreció otra manera de contar siempre que se atreviera a traspasar determinados límites del tiempo y el espacio. La provocó para que se adentrara en el caos, en la permanente confusión, en el cruce de palabras, gentes, historias, sucesos... y ella, no tardó en sucumbir porque comprendió que eso era lo más real que había conocido.

Así las cosas, el mundo viene a ser una historia sobre otra o junto a otra, incluso puede estar compuesto de sucesos cruzados y simultáneos. En realidad, la colocación depende de la mirada, del deseo o de la capacidad de soñar de cada individuo.

Pero todo ello, lejos de saciar mi curiosidad, me llevaba de una interrogante a otra, lo que en ocasiones se traducía en estados de ansiedad que solo se amainaron en el momento en el que pude aceptar la duda como una pieza más del rompecabezas de nuestras vidas. Ya todo empezaba a tornarse largo y fatigoso, hasta que...

III Finalmente...

a través de otra persona con la que compartía estas «rarezas», que alguien había definido como «afinidades electivas» cayó en mis manos un libro que me dio no pocas claves.

Detrás de su título, «Antología de Spoon River», parece ser que se oculta el nombre de un pueblo del Oeste americano. De su autor, Edgar Lee Masters, se dice que alcanzó la gloria con solo este libro.

Me quedé prendida del prólogo en el que se explica cómo este hombre que ejercía la abogacía en Chicago, ante una visita de su madre y al hallarse frente a ella, no cesaba de interrogarle acerca de las personas de su pueblo natal que, en otros tiempos, formaron parte del escenario de su juventud. La madre fue respondiendo y dándole cuenta de lo que le pedía, si bien un buen número de aquellos vecinos habían fallecido.

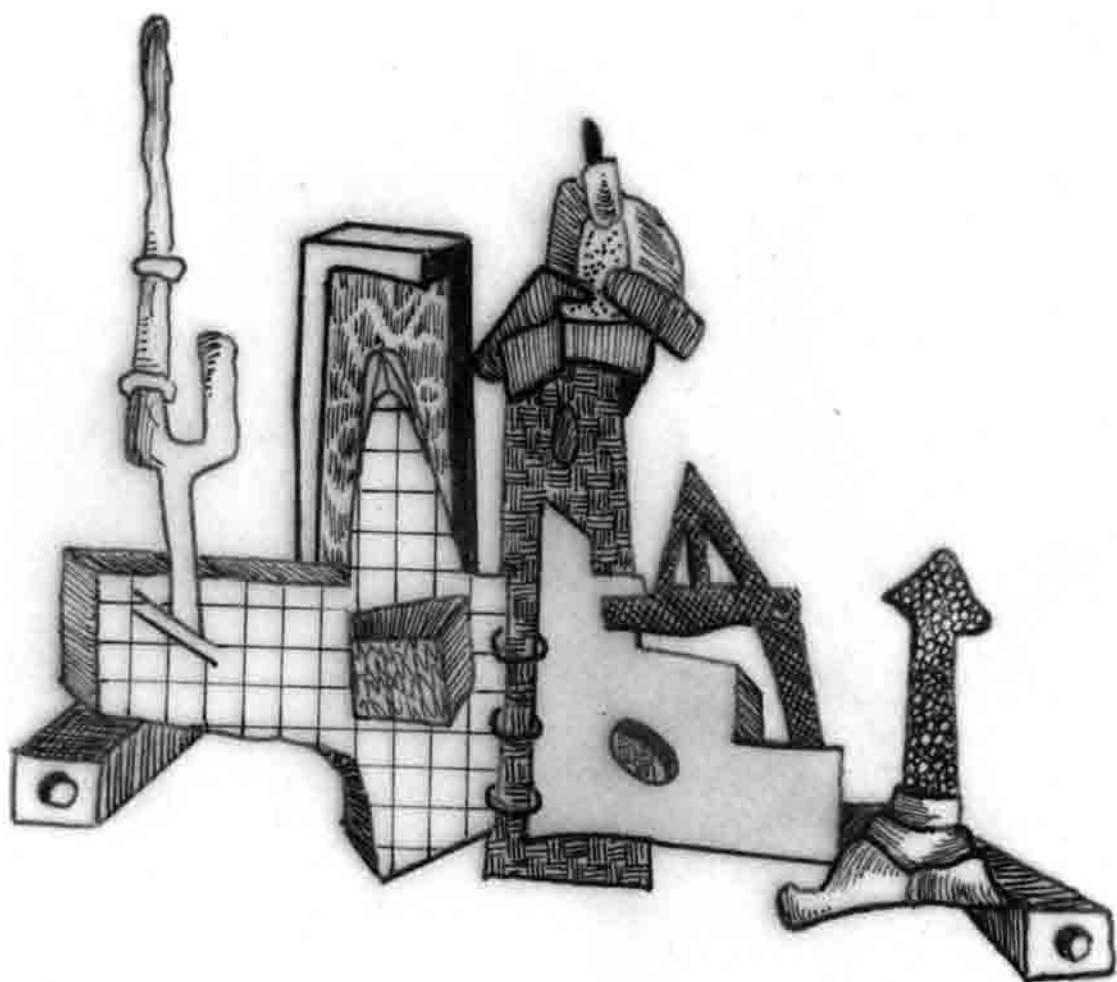
Tras haber dejado a la mujer en el tren que debería devolverla a su lugar de origen, este hombre de mediana edad, se fue preguntando a dónde habrían ido a parar la risa y el llanto de aquellos seres entrañables. Da la impresión de que en el camino de vuelta a su casa, una crisis existencial que, seguramente, se había ido gestando tiempo atrás lo llevó a escribir más de doscientos poemas en forma de epitafio. A través de ellos, fue encadenando una serie de historias cuyos personajes le eran bien conocidos. El primero de estos poemas titulado La Colina, dice así:

¿Dónde están Elmer, Herman, Bert, Tom y Charley
El abúlico, el forzado, el bufón, el borracho, el peleador?
Todos están durmiendo en La Colina.

Uno se fue por una fiebre,
Uno se quemó en su mina,
Uno fue muerto en una pendencia,
Uno murió en la cárcel,
Uno se cayó del puente donde trabajaba para sus hijos y su mujer;
todos, todos están durmiendo en la colina...

Un dato curioso en su forma de contar, es que solía escribir en páginas contiguas los epitafios de aquellas personas a las que algún acontecimiento unió en vida y este hecho, me devolvió a la presencia de los cuadros y de la sustancia existente entre unos y otros; de la raya que une o separa los espacios. En definitiva, me

descubrió la importancia del montaje, donde se realizan numerosos descartes, con los cuales habría material suficiente para iniciar nuevas historias. Esta labor que siempre se realiza en la fase final de la narración, requiere un ejercicio de introspección en el que los detalles resultan de suma importancia, porque la vida parece transcurrir en secuencias de veinticuatro horas diarias y cada trescientas sesenta y cinco de estas jornadas componen lo que podríamos llamar un capítulo en la historia de cada individuo, cuyo número, hasta alcanzar el broche final, es siempre indeterminado...



H.M.